

nación inmensa, corazón, amor en la revolución que iba á iniciar, recogido su pensamiento en la ignota grandeza de un presente precario para dilatarse en las inmortales esferas de un porvenir sublime, las palabras del Maestro salieron impregnadas de la mística tristeza que entrañaba, no obstante la alegría sobrenatural del elegido para la redención de los mundos y la rehabilitación de la humana raza.

En esos instantes también da consejos á sus amigos, dirige alguna cariñosa reconvención, llama al alma de Judas para evitar el gran crimen, y convencido de la necesidad del deicidio, y fijo en el espíritu y letra de las profecías, se presta á la muerte.

Sale con sus amigos más allá del torrente Cedron, y separado de ellos como un tiro de piedra en un huertecillo inmediato, postrase en el suelo y ora.

Su espíritu se atribula en momentos dados, y siente un desfallecimiento que le produce una crisis profunda que le hace gritar: *Padre mío, apartad de mí este cáliz si es posible*; grito que ahoga la voz del deber, el eco de su inmortal predestinación, á cuyo eco responde prontamente: *pero no se haya mi voluntad sino la tuya*.

Mientras medita y ora, sus discípulos duermen.

De pronto suena un ruido descompasado.

Judas, con un puñado de miserables armados de chuzos y palos, alumbrados por hachones y lámparas, aparece de pronto y besa á su Maestro, señal convenida de antemano para que la turba se apodere del Justo; turba que, á su vez, antes, ha caído en tierra dos veces.

Pedro acude al tumulto y corta una oreja á Malco, á quien Jesús sana.

Judas, pesaroso, vuelve á los escribas, fariseos y sacerdotes, á quienes entrega el precio de su traición, que no reciben aquellos, y se ahorca.

Preso y escoltado Jesús, es conducido á casa de Anás, suegro de Caifás, y de casa de Anás á la de Caifás, Pontífice aquel año.

El sumo sacerdote le interroga para condenarle, aunque en vano.

Jesús contesta con modestia, pero con energía; su vida es una misión, una redención su muerte; su sacrificio el eco inmenso de un porvenir grandioso.

Mientras esto ocurre, Pedro, que se ha quedado á la puerta de la casa de Caifás calentándose á una hoguera al lado de la parte de la servidumbre, interrogado por una criada del Pontífice si era discípulo del acusado, responde resueltamente: *No*. Vuelto á interrogar de nuevo si era discípulo de Jesús, niega una y otra vez, en cuyo momento el gallo canta, y Cephas, acordándose de la predicción de su Maestro, se retira á un rincón, llora su cobardía y se arrepiente de su flaqueza de ánimo.

A todo esto, Caifás teme al pueblo, y no encontrando culpa que castigar en Jesús, remite al inmortal Maestro atado como un malhechor á Pilatos, representante en Judea del poder romano.

Poncio Pilato interroga á Jesús, cuyos respuestas son de sabiduría y cordura eternas. Temeroso de una conmoción popular, y sabiendo que Jesús es galileo, le envía á Herodes, quien se mofa del Justo, y por escarnio manda que le pongan una túnica blanca, y dispone sea conducido de nuevo á Pilatos.

En ese día también, Herodes y Pilatos, enemigos mortales, se reconcilian y ayudan su interrumpida amistad.

Poncio, que desprecia á los judíos, escogita medios de salvar á Jesús, y maravillado por las contestaciones del Dios-Hombre, dice á las turbas, que seducidas por los intrigantes esperan la sentencia de muerte del Salvador: *No encuentro crimen en él; juzgadlo según vuestras leyes*; dice que es vuestro rey. *A cuyas palabras contestan las masas seducidas: No nosotros no podemos matar á nadie: no conocemos más rey que el César: quitale, quitale de ahí y crucifícale*.

Pilatos aún se resiste y entrega la víctima de los hebreos á la soldadesca.

Los desalmados le visten una túnica roja, hincan en sus sienes una corona de espinas, púenle por cetro una caña, véndanle los ojos, y unos le escupan, otros se arrojan á su presencia, y haciendo muecas, le dicen: *Buenos días, rey de los judíos*. Otros le abofetean y exclaman: *Si eres profeta, dínos quién te ha herido*.

Pasa el tiempo, y Pilatos consulta de nuevo á las turbas, aprovechando la costumbre de soltar á un acusado en tiempo pasqual.

Barrabás, ladrón y asesino, está en la cárcel y será condenado á muerte.

Poncio sale al balcón, enseña á Jesús abofeteado y escupido, ensangrentado y mártir ya, diciendo al pueblo: *Ahí tenéis al hombre*, á ver

si los corazones de aquellas fieras se conmueven; y los espectadores gritan de nuevo: *Quitale, quitale, crucifícale*.

Aún un último esfuerzo.

Pilatos habla á las turbas diciéndolas:

—Siguiendo la costumbre establecida y estando condenado á muerte Barrabás, ¿queréis que salve á vuestro Jesús, ó á Barrabás?

—A Barrabás, á Barrabás— grita la sacrilega familia.

Entonces Pilatos, contra el parecer de su mujer, temiendo se le crea enemigo de César, pronuncia la sentencia y se excusa de su cobardía y crimen, diciendo cede á la fuerza.

Desde este momento empieza la agonía del Divino Mártir.

Cargan sus delicados hombros con una cruz toscas y gruesas que dobla su cuerpo y le hace caer de rostro contra el suelo.

Sigúele un centurion con algunos soldados y bastante canalla que no le abandona.

Sus enemigos no le pierden de vista, y alquilan, para prolongar el martirio del Divino Maestro, á Simón, natural de Cirene, que ayude á conducir el madero al Hijo del Hombre.

Tropieza de nuevo, y de nuevo cae.

El camino es largo, la agonía feroz, la vía que el Justo ha de recorrer, sangrienta.

De pronto aparecen María y las santas mujeres, quienes sollozan y sufren al ver al Cristo en tan triste estado.

Jesús las alienta y manda que no lloren, y Verónica aplica un lienzo al rostro del Divino Mártir, lienzo en que quedan impresas las facciones del Hijo de María.

Sigue la fúnebre comitiva, y Jesús tropieza de nuevo, y por tercera vez cae.

Corre el tiempo y la muerte se acerca, y en su divino rostro brilla la luz eterna de la predestinación, cuya aureola trasfigura sus facciones polvorosas y bañadas en el sudor frío que precede al estertor final.

Las distancias se estrechan, y mártir y sayones llegan á la cumbre del Gólgota, en donde Jesús abandona el toscas madero que ha de ser su suplicio.

Desnudándole los soldados, y echan suertes sobre sus vestiduras, que se reparten.

Puesto sobre la cruz, clavan sus pies y sus manos sobre el patíbulo, y fijanle entre dos instrumentos iguales de tortura y muerte, de los que penden dos ladrones, colocando sobre la cabeza de Jesús fija al madero, una triple inscripción en griego, hebreo y latín, de orden de Pilatos, que decía:

JESUS NAZARENO,
REY DE LOS JUDÍOS.

Consumado el crimen, verdugos y curiosos abandonan el sitio del deicidio, y quedan al pie de la Cruz, Juan, el discípulo amado; María, Madre del Salvador; María Cleopé, y María Magdalena.

El Mártir, no contento con haber dado su vida por la humanidad, aún sella su testamento de amor con un eco de carifio inmenso.

Al divisar á su Madre cerca de Juan, la dice:

—Mujer, hé ahí á tu hijo.

A Juan le advierte:

—Hé ahí á tu madre.

Pasan algunos minutos, y la agonía no dobla aún aquella angusta frente, y de sus abrasados sedientos labios se escapa una frase:

—Tengo sed.

Al punto roza sus labios una esponja empapada en vinagre.

Al crimen acompaña el sarcasmo de la crueldad.

En el momento en que el ácido constriñe los labios del Crucificado, inclina la hermosa cabeza, y grita:

—Todo se ha consumado.

El monte aparece solitario, y la tradición relata los momentos que siguen al en que Jesús entrega su espíritu.

La tierra se conmueve; los difuntos despiertan en sus tumbas, un cataclismo amenaza á la creación, que no se cree bastante segura en sus cimientos.

Los ladrones que acompañan á Jesús mueren también, el uno maldito por la blasfemia que dirige al Nazareno al decirle: *«Si eres hijo de Dios, sálvate»*; el otro redimido al creer en la gran obra de la regeneración de la humanidad.

La lanza que atraviesa el costado de la inocente víctima abre los restos de un cadáver.

El Gólgota crece, y crece, y crece; su cumbre toca con las nubes, en cuyos espacios diáfanos se dibuja la cruz del Salvador.

Sobre un trono de granito arraiga un estrado de madera, cuya cúpula es la inmensidad de los

tiempos, cuyo pabellón son los cielos; en ese trono, sobre ese estrado, llena los espacios de la historia el cadáver del Mártir de la humanidad.

Ya se han cumplido las setenta semanas de años de Daniel.

Ya han terminado las parábolas y las figuras. El niño de Belén, el hombre del desierto, el gran apóstol de la Judea, el defensor del proletario, el amante de la justicia, el que predicó y practicó el amor, ha llenado su misión.

—Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen—ha dicho el trasfigurado del Thabor.

Esa es su doctrina.

Esa es su gloria.

Ese su porvenir.

Ese su magnífico testamento.

Embalsamado y colocado en un sepulcro nuevo por su discípulo el senador José de Arimatea y Nicodemus, envuelto en finisimos lienzos su cuerpo, que es su idea, resucita en breve para no morir jamás.

El mundo moral se conmueve hondamente.

El oráculo de Delfos enmudece.

La pitonisa calla para siempre.

El fuego de las Vestales se apaga.

Isis y Osiris caen de los altares hechos pedazos.

Brahma es negado.

Tywna vuelve á las tinieblas.

Minerva y Venus, Júpiter y Baco se resuelven en menudo polvo.

Corrientes misteriosas atraviesan los ámbitos de los mundos, y al culto de la materia que embrutece, sucede el culto del espíritu que diviniza.

Hasta entonces se ha dicho: *«En nombre de la fuerza»*.

Desde entonces se dice: *«En nombre del amor»*.

La idea aparece mágica y bendita, y la idea triunfará, porque Dios lo ha querido.

La tribu de Judá, el pueblo deieida, el pueblo abyecto y miserable que soporta alegre el cesarismo y se proclama vasallo, esto es poco, se dice esclavo del romano emperador; la familia hebrea, que ha apedreado á sus profetas y transigido con miserables como Anás, con apóstatas como Caifás, con cobardes como Pilatos, con tiranos como Herodes; la familia judía, cerrón pida por los fariseos, adulada por los escribas, fanatizada por los asesinos, engañada por los saduceos, en vano se aturde con la Paséa, en vano espera á un Mesías conquistador y poderoso; la hora de su expiación llega y el deicidio la aproxima.

Atada al carro del vencedor, irá á Roma confundida con los esclavos de cien pueblos conquistados.

Despreciada de los Césares, será un punto en la historia de las nacionalidades; pero un punto doloroso, triste, cruel y abyecto.

Demolido el salomónico templo, todo perecerá en Jerusalem, todo perecerá en Judea, excepto los judíos.

Serán los banqueros del mundo, serán los poderosos de la tierra en toda su extensión, en Europa como en Oceanía, en Africa como en Asia, como en América; pero no podrán formar pueblo, pero no podrán constituir nación.

Desaparecieron los asirios, los babilonios, los medos, los partos, los cartagineses, los espartanos, los lacedemonios, los romanos conquistadores, los godos asoladores, los civilizados árabes; los judíos..... nunca, nunca jamás.

Pueblo acusado de deicidio, lleva en su frente el estigma de su misión errante perpetua.

Allí, en la cumbre del Gólgota, se oye un ruido misterioso: es el eco de las generaciones que maldicen á la generación ingrata.

Generación para la que el tiempo no pasa, y la eternidad es el presente.

Generación perseguida cruelmente por el fanatismo un día, por instituciones humanas otro día, por la preocupación siempre.

¿Quién la condena?

El grito que del Gólgota partió como un eco de amor del Mártir:

¡Eli, Eli, lamna sabactani!

Consumatum est, todo acabó.

III.

El hombre-idea murió un momento para resucitar á la perpetua vida del porvenir.

Jesús abandona el sepulcro, según la tradición, para ascender al cielo á los cuarenta días.

Y sin embargo, Jesús vive y vivirá con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Su doctrina es luz y gloria, esperanza y amor, libertad y justicia.

La mujer genia bajo la presión severa del padre, bajo la presión brutal de su marido.

La mujer era una máquina que daba hijos, de cuyos hijos no podía disponer como no podía disponer de sí misma.

Sobre su hermosa frente fulguraba el sombrío anatema del vergonzoso repudio.

Sobre su noble voluntad estaba la absorbente voluntad de su dueño.

La mujer era un jornalero rudo de la familia, á cuyo jornalero con mucha frecuencia se le arrojaba del hogar como á un perro, diciéndola: *Vete*.

La mujer servía á un amo; era una máquina, una desdichada sierva, una miserable guarda de la casa.

Abraham vió que Sara era estéril, y la mujer del patriarca le ofreció una esclava.

Abraham, padre de las generaciones, llama un día á la pobre esclava Agar, de la que tuvo familia, y dándole un odre con agua y algunas provisiones, le despide con su pequeñuelo Ismael, porque el hijo de la egipcia se burló de la esterilidad de su señora; la arroja de su familia y la confina al desierto.

La mujer, en Esparta, se avergüenza de que su amado, su esposo ó sus hijos vuelvan ileso de una guerra, y ferozmente se alegra si la dicen que ha muerto combatiendo.

Esa mujer ayuda á apedrear á sus hombres, si regresan al hogar habiendo vuelto caras al enemigo.

La mujer, en Grecia, se ahoga en la densa atmósfera de un politeísmo lúbrico y grosero.

La mujer, en Roma, se aturde en la perpétua saturnalia que cancera el alma de la juventud latina, y enerva la virilidad de los guerreros hijos de la Loba.

El Circo, el triclino, la histriónica danza, la embriaguez con el vino de Palermo, las mesas lúculinas, Baco honrado, Venus desagraviada: estos son los deleites que constituyen el todo de la vida de la mujer.

Escasean las Pórcias, las Lucrecias y las Virginitas.

Abundan las Julias, las Metélas y las Mesalinas.

Así se vive en Roma.

Así se prostituye el alma y se pudre el cuerpo. El imperio cruje y el Foro enmudece; queda desierto el Monte Aventino, y se dobla la espada de la conquista en manos de canallas como Neron, de fieras como Calígula, de monstruos como Caracalla, de imbéciles como Helioagábalos.

Los pretorianos alzan empujando al soldado que se come de una vez una ternera, que mata un buey de un puñetazo.

Las tribus del Danubio acechan al débil coloso y sueñan con las romanas riquezas.

Aún humea la sangre humana sobre las druidicas piedras, bajo el follaje de los sagrados bosques, sin que ni la mujer se conmueva ante el repugnante homicidio, ni el hombre tiemble al convertirse en verdugo del hombre.

De pronto, la luz que brilla en Judea, se convierte en volcán de fluido; el volcán estalla en hirvientes cataratas de resplandores, que ciegan á la humanidad que niega, para bañar con sus oleadas de fuego á la humanidad que cree.

La mujer es igual al hombre: la mujer está redimida; la mujer puede levantar su cabeza erguida y pura para ser hija de sus padres, hermana de sus hermanos, esposa de su esposo, madre de sus hijos.

La mujer ya no es cosa.

Colora su frente pura el rubor de la virginidad.

La criatura débil se ha convertido en héroe. Ama, ama con celestial encanto; ama porque cree, cree porque espera, espera porque ama.

El repudio está abolido; abolida queda la poligamia, porque Jesús ha dicho que la mujer es la carne de la carne y la sangre de la sangre del hombre.

La infamante cadena de la esclavitud está rota para siempre.

Los hombres son hermanos.

Así lo ha predicado el Cristo con la palabra y con el ejemplo.

Así lo afirman, así lo repiten doce pobres hombres cuyas armas son el amor de la humanidad en nombre del amor divino; doce hombres que se reparten el mundo, y al predicar en nombre de la justicia contra la violencia, no se aterran sabiendo que perecerán víctimas de la violencia.

El Gólgota solitario ilumina los horizontes de las edades que dormitan en el porvenir.

Regueros de luz avanzan y se precipitan de su cumbre.

Esa luz penetra en Roma y mata las tinieblas de la idolatría que deifica á la materia.

Los cristianos se congregan al lado de Pedro y

aprenden de la inspiración de Pablo los rudimentos de la ciencia del amor.

Neron, Diocleciano, Maximiano, pretenden ahogar en torrentes de sangre la doctrina nueva.

Maximiano, Diocleciano, Neron, sucumben, y la doctrina vive.

En el Circo luchan los cristianos con las fieras: en los calabozos son azotados, perecen por el fuego y por el hierro; pero perecen cantando las alabanzas del Crucificado, bendiciendo á sus hermanos y perdonando á sus verdugos.

Roma se divide en dos partes.

La Roma de la luz, imperial aún, idolatra todavía, intransigente é intolerante con su religión oficial.

La Roma de las tinieblas con sus inmensas catacumbas, donde se refugian los neófitos á oír la palabra de vida eterna de los sacerdotes, á consolar á los tristes, á confortar á los temerosos, á auxiliar á los enfermos, á agonizar á los moribundos, á sepultar los restos mal consumidos por el fuego, mal destrozados por la rueda, no bien desecados por el potro, respetados por las fieras, de los mártires de la religión nueva; á preparar el martirio á los Pedro, á los Lorenzo, á todos los campeones de la idea evangélica en nombre de Dios y en nombre de la caridad, en nombre de la justicia y en nombre de la misericordia.

¡Oh! ¡qué hermoso es el cristianismo!

¡El culto es pobre, pero sincero.

La fe es la riqueza de las almas.

Crear es amar.

¡Qué dulce es el amor puro, desinteresado, inmortal y divino de la humanidad!

¡Qué grande la misión del cristiano!

¡Qué santísima su creencia, qué inmortal su religión, qué divinos sus preceptos!

Mueren el imperio romano destruido por las tribus del Norte; desaparece el Bajo Imperio arrastrado por los turcos; Europa cambia de leyes y señores; Asia camina al oca de sus civilizaciones; Africa duerme en las nieblas de una barbarie interrumpida por las sacudidas de Egipto de vez en cuando; América surge del fondo de los mares; Oceanía ocupa un sitio en el mapa del mundo.

Cae el feudalismo, sustitúyelo el renacimiento, tiembla la tierra bajo el peso de los crímenes de algunos malvados, la guerra no cesa, el exterminio del hombre por el hombre no cede, el fanatismo aniquila, la violencia mata, la política es intrasigente muchas veces, la filosofía delina otras; solo el cristianismo no cambia, solo el cristianismo permanece ineluctable en las grandes tempestades de las civilizaciones que pasan, en los colosales cataclismos de los pueblos que desaparecen.

Porque el cristianismo es el amor, y el amor la justicia, y la justicia la libertad.

Porque el cristianismo no es la intrasigencia que asola, no es la crueldad que mata, no es el odio que devora, no es una religión exclusiva, no puede ser una religión oficial, no será jamás un círculo repulsivo de otro círculo.

Amar, amar mucho es la síntesis del cristianismo.

Cubrir de lujo la idea cristiana, vestirla con los harapos de oficiales esplendores, sujetarla á la conveniencia de una fracción, á los ritos de una parte de la humanidad, enlazarla en los límites de una conveniencia, esclavizarla á las exigencias de una aspiración, es bastardearla, es negarla, es mentirla.

La religión cristiana es una manifestación, la más bella de la libertad individual.

Un pedazo de pan que se da por el amor de Dios, una moneda que evita un crimen, una lágrima en una desgracia, una palabra de amor á un moribundo, el perdón de una ofensa, la rehabilitación del alma después de una prevaricación, el arrepentimiento sincero, la simpatía universal, amor á los que nos aman, amor á los que nos odian, esta es la idea de Dios, esta es la palabra viva de Jesús, esta es la realización del bien, predicado y practicado por el Hijo del Hombre.

La religión cristiana no se impone, se acepta. Mahoma predicó con la cimitarra: Jesús hizo milagros con la persuasión.

Convertir por el fuego y el hierro, es blasfemar de la doctrina de la víctima del Calvario.

Las obras de misericordia son la cúpula del edificio; el decálogo, el cimiento.

No rechazemos á nadie, á nadie odiamos, á nadie calumniamos, y cumpliremos la voluntad de nuestro Padre celestial.

En los días de penitencia y oración se sublima el alma.

Hay mucho de grande y profundamente conmovedor en las fiestas de la Semana Santa ó Mayor.